El Gran Sillón Rojo

Elvis Conti

Capítulo 1

Un sobresalto lo arrancó de su letargo justo a las tres de la mañana, así lo anunciaba el reloj despertador a su derecha. Sin saber por qué, pretendió sin lograrlo, asirse al último sueño, pero este ya se le había escurrido como vapor.

El primer pensamiento que le cruzó fue para preguntarse dónde estaba. Aquello le resultaba absolutamente ajeno.

En tanto sus ojos hacían por enfocar a su alrededor, su curiosidad todavía soñolienta capturó un candelabro de hierro con tres focos que colgaba del techo. Ese artilugio, aunque era de una vulgaridad total, lo hipnotizó desde un principio. Algo sugería que, de un momento a otro, empezaría a girar, primero lentamente, hasta que, en breve, alcanzaría una gran celeridad.

Pero esa idea se fue disipando y, en su lugar, surgió un apremio por ordenar sus ideas. Una cortina le impedía reconstruir lo más esencial, ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía ahí? No quiso prender la luz. La luna entraba abundantemente en esa habitación que, de tan ordinaria, hacía juego perfecto con su candelabro de tres focos.

El despertar tan abrupto habría retraído su memoria hacia algún meandro extraviado en su mente y, desde ahí, lerdo, exasperantemente lento, retornaba como la marea que sube apenas imperceptible, mientras choca obstinada contra las rocas.

Mientras se levantaba para aproximarse a la terraza, inopinadamente, algunas instantáneas empezaron a aterrizar como naipes al aire.

"*Conducía en carretera… lo hacía en el viejo Ford del 55 de mi Papá… venía desde Guanajuato*…"

La terraza no era tal. Solo era una ventana que la simulaba, de frente a una callejuela obscura, tanto, que semejaba mamarle su luz a una luna poderosa. Por un largo lapso hundió su mirada hasta el fondo, como si ahí se escondieran sus recuerdos.

"… *se había parado exhausto en el primer hotel garage que vio en la ciudad… entrando por Vallejo… ¡Deseaba tanto dormir un poco!* ..."

Ahí se quedó, muy quieto. Realmente miraba sin mirar, haciendo un esfuerzo por rememorar.

"… *urgía realizar al día siguiente una venta importante de radiadores y*

autopartes".

Y hasta ahí llegaba esa abreviada andanada de resonancias.

Quedó frustrado por saber que esa era apenas la punta de una gran madeja. Ese brete ya le estaba resultando demasiado costoso. Le sobrecogía la idea que un velo de misterio le ocultara lo ocurrido en las últimas horas o ¿Días? No lo sabía. Era nuevo para él ese estado por el que los sentidos, desalineados, esperaran el regreso de la razón. En el lugar de las ideas, los rostros y los momentos, encontraba una nebulosa espesa congestionando su entendimiento. Solo breves reflejos del viaje desde Guanajuato se le iban descubriendo, pero eran minucias, cosas aparentemente sin importancia. Una maleta. Un periódico. Una carta. Un viaje largo y pesado. Todo eran sensaciones y supuestos. No había certezas. Y cuando sentía que se aproximaba algún filón, un muro de masa informe se atravesaba para continuar escatimándole atisbos de su pasado reciente. Entretanto, era presa de una ansiedad que lo escaldaba por dentro.

Cerró sus ojos. Creía que de esa forma se restablecería más prontamente su cordura y tranquilidad. En ese trance, se apoderó de su pecho una inquietud creciente. Un sentimiento acerbo que, sin saber cómo o por qué, le auguraba noticias nada halagüeñas. Este nuevo elemento en esa circunstancia tan desatinada multiplicó por mil el aturdimiento y desasosiego que lo tenían copado. La tensión resultante ya era insoportable.

Dio la media vuelta y se sentó en el sillón rojo de espalda alta que era, sin duda, el único lujo en ese triste cuarto. Mesaba impaciente sus cabellos, mientras que, con la cabeza gacha, fijaba la vista en el tapete gastado a sus pies. Y ahí, súbitamente, un destello distante llegó. ¿Un periódico?

"*A la derecha, en el asiento del copiloto del viejo Ford del 55, se encontraba desordenado el periódico Excélsior del jueves 3 de octubre de 1968…*"

Después de la emoción, continuó esa corta infusión de reminiscencias.

"*… a ocho columnas, se leía: 'Recio Combate al Dispersar el Ejército un Mitin de Huelguistas', un grupo de revoltosos comunistas querían boicotear las olimpiadas. Hubo muchos muertos en Tlatelolco*".

Entonces, concluyó con gran excitación, ¡*Ese tenía que ser el viernes 4 de octubre de 1968*!

Inexplicablemente, esa pequeña victoria le hizo sentirse mejor, mucho mejor. Incluso se permitió meditar en el futuro después de la obcecación

por regresar las horas y los días olvidados. Reflexionó que después de ese episodio insólito, tendría que hacerse revisar por un médico ahora que regresara a Guanajuato.

Lleno de renovada confianza, posaba sus brazos ampulosamente en los costados del gran sillón rojo y miraba de frente.

Sin embargo, ese alivio resultó precario. Bastó echar nuevamente un vistazo al techo, y fijar sus ojos en el enigmático candelabro, para sufrir una regresión instantánea hacia ese estado obscuro que le había estado oprimiendo las sienes desde que despertó. Ahora era peor, del pecho le bajaba un amargor que se depositaba en su estómago. Era una mezcla de miedo, desesperanza y una tristeza a la que no se le veía el fin. Eso era demasiado. ¿*Qué le estaba pasando*? No podía dejarse llevar por ese estado de ánimo tan nefasto.

La única forma que encontró para evadirse de su lamentable condición fue apuntar todos sus sentidos para intentar desentrañar el extravío de sus recuerdos. Tenía la seguridad que solo así podría encontrar la llave y el camino de regreso a la normalidad. En su imaginación tornaba al Ford 55. En esta ocasión las evocaciones brotaron sin intermitencias.

"… *conducía. Un severo aguacero dificultaba el viaje. La carretera Panamericana, por tramos larguísimos, se convertía en un desfile tortuoso e interminable con todo tipo de vehículos. Dos o tres accidentes ocurridos empeoraban la travesía*…".

Esa escena, impensadamente, trajo consigo un aroma, un perfume. Era jazmín, muy dulce y sutil. Muy poco tardó en deducir el origen de esa evocación olfativa tan agradable: era la carta. La misma que yacía junto al Excélsior. Al reverso, ahora lo sabía, con una extravagante tinta roja o rosa, y con una letra cursiva de mujer de trazos elegantes y ampulosos, se rotulaba un nombre que, asumió, no podía ser otro que el suyo.

Desde ese momento la carta se convirtió en el único objetivo en sus denuedos por rescatar los trozos de tiempo extraviados. Del sillón rojo y elegante se movió otra vez hacia la ventana. La obscuridad seguía ahí, imperturbable, el callejón solitario ahora era impenetrable. La luna se había retirado atrás de un macizo de nubes que amenazaban con lluvia, conteniendo la luz esplendorosa que, lo bañaba todo no hacía mucho.

-0-

¿Perdió la noción del tiempo? Ya tendría que estar amaneciendo, se decía. Y en franco delirio regresaba al viejo Ford. Ya no estaba seguro si recordaba o él se imaginaba que lo hacía.

Ahora escuchaba la radio. La voz exacta de Javier Solís se oía lejana en AM, con interferencias que coincidían con los rayos que iluminaban el camino. Y cantaba:

"*Quisiera abrir lentamente mis venas, mi sangre toda verterla a tus pies. Para poderte demostrar, que más no puedo amar y entonces morir después… sombras nada más, acariciando mis manos, sombras nada más, en el temblor de mi voz. Pude ser feliz, y estoy en vida muriendo, y entre lágrimas sufriendo el pasaje más horrendo de este drama sin final*…"

Sin darse cuenta se llenaba de nostalgia, de una muy dolorosa. Peor todavía, no sabía a qué o a quién atribuírsela. ¿*A una mujer*? Todo apuntaba a ello. Pero la razón no hallaba más que tenues insinuaciones, solo rumores y sus ecos en el vasto vacío de una mente casi en blanco.

Pensó en salir del cuarto e irse a caminar un poco a la calle. Pero resultaba ser una empresa extenuante. Lo dominaba una abulia y un cansancio insoportables, una ausencia de motivos que no fuera otro que lograr, a toda costa, el retorno de los registros de su retentiva. Sentado otra vez en el sillón rojo del respaldo alto, se concentraba para seguirle extrayendo a la lucidez, momentos y sugestiones, cualquier cosa que le alejase de la desmemoria.

Pero el pensamiento, tan libre e independiente, lo trasladó a lugares y tiempos muy distintos y distantes de los deseados. Al principio era una contrariedad absoluta. Hasta que descubrió, en ese peregrinaje mental al pasado lejano, el rostro jovial de su madre que, con su canto de cuna lo arrullaba amorosa entre sus brazos rollizos, siempre tan dispuestos a la ternura y al abrazo. Una frazada lo envuelve y solo sobresale su cara, mientras ella lo besa parsimoniosamente entonando aquello de "… *duérmete bebecito, duérmete ya, que mañana mil besos más te daré*…", y así seguía mientras él se regocijaba el corazón con ese amor tan puro y real. Y ahí continuaba, con sus ojos muy abiertos, mientras recorría una y otra vez el caminito en su cara hermosa, de un ojo al otro, para brincar luego a la boca que le sonreía sin parar de cantarle tan dulcemente que, solo podía corresponderle con los pequeños suspiros de un bebé.

Y ahí le hubiera gustado quedarse para siempre. Pero la realidad lo arrancó del seno de su madre para llevarlo irresistiblemente hasta las 4 paredes que tanto lo atormentaban. El rostro de su madre se desvaneció de a poco, y aunque intentó conservarlo no hubo manera de evitar que se fuera borrando como lo hace el vaho en una ventana. Poco pudo hacer para a reprimir el llanto por aquello tan entrañable que ya se había ido.

Y mientras lloraba, se balanceaba de atrás para adelante y de regreso, y por momentos regresaba para seguir hurgando en las oquedades de su

consciencia.

-0-

Después de una pretendida tregua en la que hizo por dormitar, coligió que, a pesar del cansancio que acusaba, nada podría más allá de cerrar los ojos para volver a repasar cien veces lo ocurrido desde que cobró conciencia del desconcierto en el que se hallaba. La cabeza le dolía, además sufría de un mareo permanente, pero aun así, se concentraba y apretaba el ceño, elucubrando por algún escape hacia la normalidad.

Sin saber cuándo, en algún punto a la mitad del prolongado hastío que lo embargaba, inesperadamente, el velo se corrió y se vio volviendo al viejo Ford.

"*Ya es entrada la noche. Observa con detalle el interior, ayudado por la luz que se cuela desde atrás, ahí está la palanca blanca de velocidades que sale de la columna del volante. Los cristales empañados y un trapo rojo para limpiarlos. Alguna mueblería en Querétaro anuncia sus últimas ofertas por la radio. Adelante, se aprecia que el enorme camión refresquero que lo aventajaba por unos 30 metros se ha ido detenido hasta hacerlo por completo y, de esa misma manera, la longa fila de vehículos que lo siguen. Ese paro durará más de lo que supone, mientras retiran del camino, un kilómetro más adelante, a dos vehículos que se encontraron de frente violentamente…*".

Otra oleada de evocaciones lo anima, estas fluyen incesantes mientras le van devolviendo un poco de lo mucho que le han quitado.

"*… gira su cabeza hacia la derecha, está buscando algo. En el asiento de al lado, justo debajo del Excélsior sobresale una parte de un sobre desgarrado. El olor a jazmín le pone alerta. Después de mucho pensarlo, se decide a leer de nuevo aquella carta. Sabe bien lo que dicen esos renglones con letra de mujer, no espera que haya cambiado el texto, pero sí intenta encontrar una forma distinta de interpretarla…*"

Abre los ojos. Un hondo sentimiento lo embarga, se da cuenta que, después de la larga espera, algo muy importante está a punto de descubrírsele. Y se sumerge otra vez en la caverna de sus invocaciones:

"*… Amor: Necesito decirte con mucho dolor que no me puedo ir contigo como me lo has propuesto hace unos días. Tengo que pensar también en mi familia, no quiero hacerles esto. Espero que comprendas, solo tengo 17 años y mi lugar corresponde junto a mis padres y mis hermanos. Sin embargo, deseo que sepas que no te he dejado de querer y no lo haré nunca, que te esperaré el tiempo que haga falta para casarnos como lo hemos planeado. Deseo que resuelvas pronto el problema que te obliga a irte, cualquiera que este sea, yo seguiré pidiéndole a Dios por ti.*

Te quiere, Aurora".

El nombre de Aurora retumbó en su cabeza, ¿Cómo pudo haberla olvidado? ¡A ella! No, no concebía como algo tan importante en su vida pudiera mimetizarse tan fácilmente en una sombra y esfumarse de un día para otro. ¡Aurora!

Nuevamente, aturdido, solo le quedaba insistir en los malabares mentales para descifrar el acertijo que se le presentaba casi insoluble. Una avalancha de preguntas se le venía encima y él, apabullado, sentía que iba en caída libre en un pozo sin fondo. Incluso el nombre tan adorado de Aurora pasaba a segundo término, cuando la realidad es que, en un franco acto de egoísmo, deseaba por encima de todo salir de ese infierno. Buscó el rincón más lejano de la habitación, fue y se sentó ahí, en el piso, abrazando las piernas mientras, con su cara oculta, sollozaba hondamente y rechinaba los dientes desesperado.

No tenía el consuelo del sueño, ni el del alcohol para perderse en la inconsciencia. Tampoco existía la fe. Desde muy joven, hijo de padres agnósticos, no tuvo más contacto con cuestiones religiosas que las escasísimas veces que acompañó, por mera conveniencia, a alguna de sus novias a las misas de los domingos. Pero, peor aún, en este caos en el que desembocaba su vida, no ha tenido la inquietud de dirigirse a un ser espiritual superior, a un guía sobrenatural, a alguna figura metafísica que le proveyera con un poco de esperanza.

La soledad era absoluta, como nunca la conoció. El ensimismamiento era la pauta, pero también el potro sobre el que yacía, torturado. El constante retorno sobre sus propios pasos, reverberándole en su entendimiento, como un disco condenado a una aguja que siempre regresa al principio, con cada uno de los indicios, imágenes, reminiscencias y todo eso por lo que ha pasado. Lo que, al parecer, no obstante la crueldad implícita, era la única forma de mantenerse flotando sin hundirse.

El tiempo parecía no existir. Él supuso que se despertó a las 3 de la mañana, aunque no puede confirmar si observó un despertador o su reloj de pulsera. Estaba desorientado, pues según la noción que conservaba de las horas y los minutos, ya podía haber corrido un día completo, pero, aun así, el sol nunca emergió del horizonte. La negritud de la noche prevalecía imperturbable.

La carta, así de anodina y breve, sumaba una nueva traza al misterio. Aurora finalizaba su escrito aludiendo "*al problema que le obligaba a irse*". ¿Qué demonios significa eso? Si ella no sabía de qué se trataba el problema ¿Por qué lo mencionó? Esta otra interrogante lo obligó a abrir otro frente que no tenía considerado. Un "problema" que orillara a alguien a irse de un lugar sonaba poco auspiciante. ¿Habría cometido algún

delito? ¿Lo estaría buscando la policía? La angustia que ya lo enervaba, recibía este nuevo dato cuando pensaba que ya no era posible añadir una mayor tensión. Instintivamente se dirigió a la ventana para otear un poco. Esa vista le arrojó la misma postal que había estado observando desde la primera vez que se aproximó a ese sucio cristal. No había un horizonte, solo el lóbrego callejón.

-0-

Su mente, infatigable, había encontrado como un último recurso, una respuesta emergente al martirio que lo tenía postrado. Él, arbitrario e inapelable, resolvió que todo aquello no era otra cosa que un sueño, una pesadilla. Una tan vívido y real, que era capaz de recrear a la perfección los tormentos más espantosos. Él lo resumió en que solo había que esperar a despertar.

Con esa nueva ilusión, fue y se sentó en el sillón rojo del gran respaldo. Cerró los ojos y no pensó en otra cosa que levantarse en un nuevo día. El cúmulo de absurdos y sin sentidos que había atestiguado no eran otra cosa que resultado del viaje onírico más endiablado que pudo haberse gestado. De pronto todo tenía sentido. No estuvo lejos de soltar una carcajada en medio del silencio de la noche.

Muy lentamente después de la relajación producida, sintió que se iba durmiendo, que al fin descansaba. Montado ahí, en un islote de paz, rodeado de la negrura que lo fustigó tanto y ahora se retiraba. Sintió sus cabellos moverse por el paso de un viento cálido impregnado del sabor salado del agua de mar. Debajo ya no estaba más el mullido asiento. Ahora reposaba sobre una cama de arena finísima y blanca como harina. Con los ojos abiertos, frente a él aparecía una playa virgen tan vasta que su mirada no alcanzaba a contemplarla completa. El agua cristalina y azul se movía apaciblemente y arriba, en el cielo, unas nubes impolutas contrastaban inertes contra el índigo profundo del horizonte.

Se levantó y sus pies desnudos se hundían suavemente en la arena que no lo quemaba. Sus pasos lo llevaron por un largo trecho hasta aproximarse al agua e, incluso, caminar mar adentro hasta casi cubrir su pecho. Desde ahí, observaba embelesado esa visión idílica que le llenaba los ojos. No muy lejos de ahí identificó un grupo de delfines que, raudos y ágiles, saltaban por encima del mar solo para caer clavados haciendo mil piruetas. Daba la impresión que, posterior a eso, decidían alejarse del lugar hasta ya no poder verse más, pero después de un tiempo regresaban a gran velocidad en medio de juegos y una alegría sobre la que no podía mantenerse ajeno.

Inopinadamente, uno de los delfines se separó de la manada y enfiló, en forma ostensible, hasta donde se encontraba él. No tardó mucho en estar a solo unos cinco metros, donde decidió extrañamente quedarse

quieto. Sorprendido por esa conducta, aguardó a que el animal hiciera algo. Este, daba la impresión de estar esperando lo mismo. Ese instante se vio interrumpido por una bandada de gaviotas que, graznando, pasaron volando muy cerca, tanto que lo obligaron a levantar la mirada.

Una fuerte impresión le causó, al regresar la mirada, ver al mismo delfín a menos de un metro. La sangre se le heló y alcanzó a recular un poco. El cetáceo se apreciaba nervioso, moviendo incesantemente la cabeza de arriba a abajo, chasqueando y silbando, hasta que se volvió a quedar congelado, sin agitarse ni un milímetro.

Las cuencas negras de sus ojos se clavaron en las de él. Este, nervioso, no pudo repulsar esa mirada. En un santiamén todo el blanco y el azul se habían desvanecido. Solo estaba ahí el negro de aquellos ojos insondables, tan obscuros como el callejón frente a la ventana de aquella habitación tan desdichada.

Un pavor impensable lo estremeció cuando de aquel animal brotaron unas palabras articuladas como si se tratara de otra persona. Claramente oyó, con una voz profunda y siniestra: "… *entonces Joel, ¿Cuándo nos vas a pagar?*…". Tiempo seguido, estaba de nuevo en el sillón rojo del gran respaldo, con las manos crispadas sobre los antebrazos, clavando sus uñas en la tela.

Bastó un segundo para entender que una avalancha de pensamientos, le anunciaba el retorno de su memoria, integra, sin escatimarle nada, ni siquiera el detalle más nimio. Un terror inimaginable lo secuestró desde ese momento.

Sin que su voluntad interviniera, abandonó ese sillón en una fracción de segundo.

-0-

Ahora estaba sentado en una amplia sala de la casona decimonónica de la colonia Marfil, en Guanajuato.

– … entonces Joel, ¿Cuándo nos vas a pagar? – Quien así escupía la pregunta era Roco Armenta, el administrador del elegante casino clandestino en el que se encontraban.

Joel era un empresario brillante y estimado en su comunidad. Pero, como toda persona, tenía una cara obscura en la que se guarecían sus rasgos más aviesos. En el caso de él, solo eran dos.

Primero, era un mujeriego imparable. Tenía la presencia y la personalidad necesarias y, principalmente, la palabra, con la que era capaz de marear a las mujeres que le dieran entrada. Esto, ya le había

costado un doloroso y muy reciente divorcio.

Y segundo, era una presa inerme y sin voluntad, de un vicio que lo hacía actuar con absoluto desenfreno, reduciendo a nada lo más valioso y sagrado en la vida de cualquier persona: era un jugador sin cura posible. Joel, que había llegado temprano al lugar con el propósito de hacer un pago parcial y con una oferta para renegociar el resto de su enorme deuda. Al final, terminó jugando y perdiendo el dinero que llevaba para hacer ese abono y, después de ese fracaso calamitoso, todavía osó solicitarle al encargado un último crédito de la caja del casino por 15 mil pesos adicionales para jugarlo exclusivamente en el *Black Jack*.

Todo, producto de una corazonada de jugador por la que, si dejaba el póquer intempestivamente, entonces la mala suerte se revertiría. Todo era un espejismo tan absurdo como todas las decisiones que tomó esa tarde. Había dejado en prenda las escrituras de su casa, la factura de su carro. Ya antes de eso, había visto irse todo el inventario de su negocio de auto partes y refacciones. El resultado fue lamentable. Perdió todo su patrimonio en un solo acto y todavía le quedaba una deuda que era una pequeña fortuna.

– *Roco, siempre he pagado ¿No es así?* – Contestaba nervioso, sin confianza y con los cojones empequeñecidos.

– *Joel…* – Decía pausadamente Roco Armenta – *Sí, lo sabemos. Pero no puedo dejar de decirte que tomamos muy en serio nuestras obligaciones, como aquella vez que te fuiste con casi 100 mil pesos. Pero también, tomamos muy seriamente nuestros derechos. Después de tus escrituras firmadas, tu coche y tu negocio, nos debes todavía 225 mil pesos, que es una cantidad de mucho respeto…* – Joel trató de responder, pero Roco se le adelantó.

– *Nosotros cometimos un error, tengo que confesarlo. Perdimos de vista que tu mujer te cachó en la maroma, y que ya te había dejado para solicitarte el divorcio. Porque tienes que saber que si has jugado con nosotros por tanto tiempo era porque tu suegro era Don Miguel Ángel Chacón ¿O piensas que te sostenían tus propiedades? ¿Tu Galaxie 500 del año o tu casa en León? ¡No! Te sostenía el nombre de Miguel Ángel Chacón, el Barón de Guanajuato, el dueño de la mitad del estado. Así que te voy a resumir las cosas. Tienes 3 días para pagarnos. No me importa si vas y se los pides a tu ex-suegro o si le vendes tu alma al diablo. Si al terminar ese día no tengo sobre la palma de mi mano billetes crujientes por 325 mil del águila, te vas a morir sin remedio y de una forma muy, muy fea. Y perdóname que sea tan crudo, como nunca lo había sido contigo en estos años, pero ya sabes, en este negocio hay que ser muy claro. Tú ya nos conoces, has sabido del caso de Quique Zepeda o Pastor Villa, dos malas pagas que tuvimos que enfriar, no sin antes hacerlos llorar tantito. Quique, el insensato, fue y se escondió a su departamento*

en Acapulco. Pastor, más listo, se fue hasta un pueblo en Guatemala. En ese caso tardamos solo una semana más para encontrarlo. ¿Te das cuenta Joel? Ahora, yo no creo que sea el caso. Estoy seguro. Cumplirás puntualmente. Eres un tipo listo que encontrará la solución a este problema – Roco se detuvo e hizo un ademán al gordo enorme que le cuidaba siempre las espaldas, este entendió que Joel podía salir del lugar.

Mientras dejaba la casona, ya en pánico, tomaba conciencia que no había manera de pagar esa deuda, sus cartuchos ya estaban más que quemados. Sin pensarlo mucho, decidió que se iría de ahí, que se llevaría a Aurora y que buscaría venderles a sus socios en la Ciudad de México una parte del negocio que aún conservaba. Esa cantidad sería suficiente para irse a algún pueblo en el norte del país. Todavía tenía fe en que podía ganar esa última partida.

Aurora no tenía idea de nada.

Ella era una chica hermosa que había ido enamorando con mucha paciencia en los últimos meses. A sus 17 años era muy fácil de encandilar, tanto como el quedó cuando la encontró un día en la calle, caminando como princesa entre un montón de lacayos. De inmediato, se puso de acuerdo para verse en el cafecito de siempre en la calle del Truco. Cuando ella llegó el corazón le saltó. Siempre pasaba eso cuando la veía acercarse con su belleza casi virginal. Él no se anduvo con rodeos. Le dijo que una circunstancia muy grave lo estaba forzando a dejar de inmediato la ciudad y el estado. Así mismo, le expresó de la mejor manera que encontró, que no deseaba más otra cosa, que ella se fuera con él. Le ofreció, en una frase más que gastada, el cielo y todas sus estrellas juntas. Ella, obnubilada por esa propuesta y la promesa de casarse en la primera oportunidad le dijo que sí. Prometiendo que estaría preparada a las 5 de la mañana para irse con él.

Joel ya no regresó a su casa. Se fue a quedar con su papá a quien le pidió prestado su viejo Ford 55. Este, sin pensar mal de su rico hijo, se lo prestó bajo la promesa de regresarlo en un par de días. La suerte ya estaba echada, ya no había manera de dar marcha atrás a sus planes. Su soberbia era tanta, que se creía lo suficientemente listo para esquivar el largo brazo de esta mafia.

Sin embargo, huelga decir que cuando la confianza en el futuro está en lo más alto, suele pasar que la suerte nos juega reveses. Días en que todo sale mal. Como si se hubieran conjurado los designios para echar a perder cualquier plan.

Al llegar a recoger a Aurora, a una cuadra de su casa y justo a las 5 de la mañana, se emocionó cuando la descubrió ahí, paradita junto a un poste. Pero el momento se agrió casi inmediatamente, cuando notó que no tenía junto a ella ninguna maleta. Compungida, con grandes

lagrimones corriéndole por las mejillas, se acercó tímidamente a la ventana, solo para susurrarle un "perdón" muy bajito y deslizar una carta que, desde un principio, le resultó cursi. Bastaba ver la letra y la tinta rosa, además del escandaloso olor de perfume barato. Ella se fue corriendo y, por su parte, no hizo ningún esfuerzo por alcanzarla, por mucho que la quisiera, tenía muy claro que había cosas más importantes de que preocuparse, sobre todo cuando esté en juego la vida, así que no le dedicó más tiempo a esa primera gran decepción del día.

Salió de Guanajuato calculando que le tomaría, considerando algunas paradas, unas 10 horas para llegar. Desde luego, siendo Joel un jugador, ignoró por completo la negativa de Aurora como la primera señal del día infortunado que le esperaba. No contó que la carretera Panamericana, en grandes trechos, antes y después de Querétaro, sería objeto de fuertes tormentas que ocasionarían toda clase de inconvenientes, entre estos accidentes y el cierre por largos periodos, debido a la caída de puentes, aludes, desgajamientos de cerros y crecida de ríos.

La odisea no podía terminar peor. Unas horas antes de arribar, se paró a comer algo por primera vez en todo el trayecto, y aprovechó para hacer antes algunas llamadas. Este quedó impactado cuando fue informado por sus socios y amigos, de sendas advertencias telefónicas recibidas, en las que les dejaron muy claro que no debían auxiliarlo, por ninguna razón, y menos comprarle su lote de refacciones. Estos, asustados por esas amenazas, le rogaron que no los buscara ni les llamara.

Fue tanto el impacto que le causó el alcance y poder de esta mafia, que hasta el hambre se le quitó. Únicamente tomó un café y compró el Excélsior.

Arriba del carro otra vez. Se quedó en silencio durante mucho tiempo viendo pasar los carros por la carretera. Observó como se detenían algunos en ese merendero para comer algo y cargar gasolina. De pronto, les envidiaba la libertad con la que hacían las cosas, quizá con problemas, como cualquiera, pero todos ellos con la posibilidad de resolverlos para seguir adelante. Él se había jugado ya la vida y había perdido. No tenía familia, no tenía patrimonio ni dinero, no le quedaba nada. La angustia lo asaltó ahí parado, a un lado de la carretera. Se había convertido en el ser más solo del mundo. Se le nubló la razón mientras intentaba distraerse enterándose de lo que parecían hablar todos, una masacre en Tlatelolco, el ejército había disuelto una conspiración comunista o algo así. No pudo acabar dos renglones del artículo. Bajó el periódico lentamente. Fue en ese momento que por fin comprendió que ya todo había acabado para él, que lo que le quedaba de vida ya no lo era.

-0-

Abrió los ojos como platos. Estaba de regreso en el gran sillón rojo del gran respaldo. Después de la ausencia de recuerdos, cruelmente el destino se los soltó todos en chorro, así, crudos y amargos.

Joel, después de un par de minutos con los ojos en el vacío. Se levantó resuelto y sin dudar ni un segundo, se dirigió a la ventana y arrancó con fuerza los gruesos cordones que jalan los rieles de las cortinas.

Enseguida hizo un lazo corredizo y probó su aguante. Cuando estuvo convencido, se subió a los antebrazos del sillón rojo y alcanzó con el lazo el candelabro de hierro con tres focos. Después del amarre final, jaló con todas sus fuerzas para probar la resistencia tanto del cordón, como de la placa de hierro fija al techo que, con cuatro tornillos, sostenía la lámpara.

Determinado y sin pausas, paso el nudo por su cabeza y lo corrió hasta que le apretó el cuello. Por último, con fuerza decidida dio una patada al sillón, tanto que su respaldo terminó en el piso.

-0-

Joel no hizo los calculó suficientes.

En realidad, no podía saberlo, hay cosas sobre morir ahorcado que solo algunos técnicos y médicos forenses conocen.

El caso es que el dictamen final suele arrojar tres hipótesis de muerte. En la primera, se trata de la asfixia, y eso ocurre en el caso que la lengua obstruya la faringe. Segundo, y menos frecuente, sucede al presentarse una fractura que afecta la médula, situación producto de la sacudida por una caída a gran altura. Y, por último, la anoxia o hipoxia cerebral, esto ocurre si el nudo se posiciona de tal forma que, sin afectar del todo la vía respiratoria, sí logra ocasionar una presión tal sobre las venas que provoca irremesiblemente una congestión sanguínea.

En este caso la agonía puede durar casi tres minutos, de los cuales la persona puede permanecer consciente hasta la mitad de ese lapso.

Joel, debido al tipo de nudo que hizo y la corta caída, moriría de una hipoxia cerebral.

-0-

Joel, aunque había tomado consciente y sin titubear la decisión de ejecutar su propia muerte, no tenía una idea exacta de cómo iba a suceder. De hecho, pensaba que esa muerte ocurriría casi al mismo tiempo que se soltara. Fue por este desliz que no pudo menos que sorprenderse cuando, seguido del estrepito del sillón contra el suelo, tuvo una noción precisa de lo que ocurrió a continuación: el delgado cordón de

cortina se cerró, implacable, contra su cuello para empezar a estrangularlo e, inmediatamente después, en una parte infinitesimal de segundo, recibir el duro jalón del cordón deteniéndole en seco los cuarenta y tres centímetros de caída. Todo esto, le terminó provocando un dolor inimaginable, pues no solo se atrancó violentamente ese cordón para estrangularlo, sino que el mismo, al quedar el nudo corredizo del lado de su quijada, al momento del latigazo hizo que su barbilla rebotará disparando su cabeza hacia atrás, tan brutalmente que, por sí solo, este movimiento hubiera bastado para hacerlo perder la conciencia. Empero, el destino al parecer estaba empeñado en arruinarle sus planes, incluyendo el último de ellos.

Tortuosamente, pero todavía lograba respirar. Y no solamente se mantuvo conciente, a pesar del castigo inhumano que se aplicó, sino que sus sentidos registraban todo casi con normalidad.

Mientras tanto su cuerpo, sujeto al vaivén resultante del impacto, giraba sobre el eje que le marcaba el cordón. Esos giros fueron cada vez más lentos acompañándose por el rechinido del roce de la cuerda contra el hierro, además del ruido por el esfuerzo de la placa y los tornillos por continuar soportando el peso de su cuerpo, los que al ceder mínimamente tiraron polvo y porciones pequeñas de la cal del techo.

Hasta ese momento, permanecía con los ojos bien cerrados, pues en el momento que urdió ese último acto, pensó que era la mejor manera de conservar un poco de intimidad, respecto de la gente que tendría que lidiar con sus restos.

Pero intentó abrirlos. Hinchados, llorosos, semiabiertos y en franca agonía, pues solo le quedaban unos 30 segundos de conciencia y si acaso 2 minutos de vida.

En esas circunstancias, *in extremis*, todavía pudo llevarse una sorpresa mayúscula más, en los 360 grados de ese lento viraje.

La habitación no era la misma. Es decir, el lugar era ese, pero lucía distinto. Entraba por la ventana una luz artificial que lograba iluminar parte de la habitación. La ventana estaba limpia y ya no estaban las cortinas obscuras de las que había arrancado los cordones que ahora le exprimían la vida. En su lugar había unas persianas de hojas delgadas y verticales desconocidas para él. Las paredes tenían un papel tapiz de colores pasteles. Había floreros, cuadros y muebles que antes no estaban. Una luz distinta que procedía del lado opuesto a la ventana llamó su atención, y fue conforme avanzaba su rotación que pudo ver el origen de esta. Era una especie de televisión, pero completamente plana y con una pantalla alargada y muy grande. Algo nunca visto, pues la imagen era a color y perfecta, como en el cine. Todavía alcanzo a ver, a pesar de las grandes lágrimas que soltaba, una escena de un jardín verde intenso, una

piscina y unos niños jugando con una pelota, concluía con una exclamación con voz suave de mujer y escrita en grandes letras amarillas: "*En este 2018… ¡viajar es más fácil!*".

A punto de dar la vuelta completa, vio la cama. En ella dormía otra persona. Finalmente, cerró los ojos y se dejó resbalar hacia la eternidad... moría otra vez.

-0-

Joel abrió los ojos, con gran agitación miró a su alrededor y se preguntó dónde estaba… a